

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8718

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorelle, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. G. 166.—Administrador, D. Emilio Garridó López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Lunes 17 Noviembre 1890.

AFAMADOS CHOCOLATES SUIZOS DE PH. SUCHARD NEUCHATEL.

En la tienda de D. Alejandro Córdoba, se ha establecido el depósito único en esta ciudad de los CHOCOLATES SUIZOS al gusto español (garantizado puro cacao y azúcar) á los precios de 4, 5, 6 y 8 reales los 460 gramos.

CALLE MAYOR, 38.

NAVARRO 19, ISAAC PERAL, 19.

Gran surtido de relojes de bolsillo de oro, plata, níquel y acero. Variedad de los de mesa, pared y despertadores. Excelente taller de composuras. Cadenas, colgantes y diges. **EXACTITUD Y ECONOMIA.**

LA SEMANA ANTERIOR.

La semana se ha deslizado entre los días más apacibles y serenos que pudiera imaginar un poeta, al soñar los dulcísimos encantos de la más hermosa de las primaveras.

Cielo azul, verdes praderas donde el naciente sembrado, semejándose al césped inglés, cubre la tierra de aterciopelado tapiz; un sol espléndido y una temperatura igual y gradable, han sido los encantos de la antigua ciudad de Sipiön, escondida Niza de España, arrullada dulcemente por las olas y favorecida con todos los dones de la naturaleza.

Sus únicos enemigos son sus propios encantos. Así como la florida pampa americana encubre entre sus musgos y sus flores el venenoso crótalo, y la vegetación antillana encierra la fiebre; y así como el tigre se guarece y acecha desde los más umbrosos bosques de la península indiana; así entre las áuras cartaginesas, agradables como toda brisa marina, templadas como cefirillo tropical, ya se esconde la fiebre que envenena la sangre durante el estío, ya la neumonía, terrible, aguda, implacable, fulminante, que hiela y destruye la vida como el último cierzo destruye la primer flor del almendro.

La pulmonía es, entre nosotros, más dura y más cruel que en parte alguna; en otras ciudades son muchos los que se salvan; en Cartagena son muy pocos los que no mueren.

La primer víctima que al comenzar este invierno hirió su segur, ha sido el joven teniente de navío D. José Oliver y Rolandi. La funebre deidad se presenta este año como nunca animosa y ceñuda: mata y aniquila lo que más vale.

Pope Oliver,—así lo llamábamos todos,— era uno de los oficiales más ilustrados, de las esperanzas más legítimas de la Marina Real. El cuerpo general lo contaba entre sus mejores tenientes de navío; la ingeniería naval entre sus oficiales más distinguidos.

El único defecto de Oliver era su pasión por el estudio. Parecía que la fiebre de la ciencia ejercía sobre él su caliente fascinación. Había concluido su primer carrera, conocía todos los misterios de la ciencia náutica, y se sintió atraído por los abstrusos problemas de la ingeniería. Para muchos marinos, los galones de alférez de navío son la meta final, el término anhelado de los estudios de Academia; desde allí comienza otra nueva vida, la

existencia azarosa y aventurera del mar. Para Oliver, el término de la primer carrera no representó otra cosa sino el hermoso vestibulo, á cuyo final estaba la majestuosa portada de un templo mejor, donde se aprendía otra ciencia nueva. Sabía ya todos los arcanos del pilotaje, pero allá en el fondo de aquel nuevo templo, Oliver oía la voz atractiva de la arquitectura naval, más dulce y seductora que el canto de la sirena; empujábanle con vertiginoso impulso los anhelos del saber, y Oliver entró en aquel otro Parthenón de la ciencia náutica, y la fiebre del estudio, esa que siempre le acarició con su amoroso fuego, aunque empobreció su organismo enriqueció su espíritu, y al cabo de muy pocos años el estudioso teniente de navío ostentaba como glorioso título el de ingeniero naval.

¿Creerá alguien que Oliver se detuvo aquí en sus ambiciones científicas, las más santas y legítimas de todas las ambiciones? Yo le conocía muy poco, le trataba apenas, y no fui por tanto su confidente, pero quien lo fue me afirma que Oliver soñaba con llamar á otra nueva puerta de la ciencia naval, cuyo templo tiene el interior semejante á taller ciclópeo, donde se funde el bronce, se amantilla el hierro, se fabrica la pólvora, y se retuerce el alambre; taller donde los nombres de Krupp, de Armstrong y de Plasencia se pronuncian con veneración y respeto, considerándolos como una especie de ángeles exterminadores que con la voz del bronce y el brillar del rayo conquistan la victoria.

La Artillería, la Náutica, la Ingeniería. Hé aquí las tres notabilísimas profesiones, la primera y la última con aplicación á la Armada, que anhelaba ejercer á un mismo tiempo el malogrado Oliver. Contaba apenas treinta y tres años y parecía tener algunos más; pero aun sus ojos conservaban el brillo de la juventud, y aun sus palabras tenían esa jovial confianza de los que se hallan en el estío de la vida.

Su última salida fue para hacer una visita, en unión de un médico amigo suyo, al *Pelayo*.

El *Pelayo*

Es el único buque de la marina española, el único que puede defender la gloriosa bandera de la patria, de los acorazados enemigos. Las demás naves de España no pueden sostener con él ninguna competencia.

¿Quién le puso este nombre? Yo he oído decir que se llama así por iniciativa del ministro que fue de Fomento, D. Alejandro Pidal. Así como el ejército español se hundió en las riberas del Guadalete, la marina de España cayó destrozada en la gloriosa rota de Trafalgar.

Pero el ejército cristiano, refugiado en Asturias, halló en Pelayo el restaurador de la patria: el ministro español, al bautizar con este nombre nuestro primer gran acorazado, hizo de él la Covadonga de nuestra marina.

Oliver como futuro comandante de poderosa nave, como ingeniero soñador que ideara la construcción de buques aguerridos, debía sentir cierta admiración idólatra por el *Pelayo*. Su palabra era fácil, su dicción elocuente, su ciencia mucha. ¿Qué hermosa descripción debió hacer á su amigo de la temible máquina de guerra que los dos estaban visitando! Creería su acompañante al oírle, estar escuchando la palabra inspirada de un entendido oficial de mar; por desgracia, aquella descripción entusiasta no fue otra cosa sino el canto del cisne.

Aquella noche, Oliver se retiró á su casa, tranquilo hogar donde la virtud tomaba la forma de una mujer bella y distinguida, y donde los hijos del joven marino parecían

ángeles. Oliver como todo el que ama la ciencia, debía ser soñador, y en sus ideales fantasías de aquella noche, el *Pelayo* brillaría ante sus ojos con toda su espléndida hermosura.

¿No era Oliver teniente de navío? Algún día mandaría él en jefe una nave tan hermosa, tan potente como aquella; quizás más hermosa y más potente. ¿No era también ingeniero naval? Quizás algún día construyese él una máquina de guerra mucho más formidable y marineramente que el *Pelayo*. ¿No era teniente de navío é ingeniero á un mismo tiempo, no ambicionaba ser también artillero naval? Pues entonces Oliver debía soñar con una nave maravillosa y sin par, donde desde la quilla hasta el último penol, fueran concebidos y trazados por él; cuyos cañones fueran producto de su ciencia militar; nave española de entrañas de hierro y codaste de acero, hermosísima y única en la marina de guerra, que él miraba caer del astillero al mar, esperando allí más tarde, esbelta, gallarda y balanceándose en el mar á su comandante, que era él, el mismo Oliver, que la conducía con amor de padre, pues hija suya era. . . . ¿adónde? ¿quién sabe quizás al triunfo, al combate, á la gloria.

Pobre Oliver! El sueño era muy hermoso como todos los ideales; pero de pronto, un frío glacial sintió que le helaba los pulmones. Era que aquella nave se desvanecía, se disipaba desapareciendo su hermosura; y en su lugar aparecía otra nave negra, muy negra, donde bogaba la sombría figura de la muerte, que llegaba por el alma del ilustre marino y se la llevaba á ese Océano siniestro y desconocido que se llama la eternidad.

Pobre Oliver!

Sobre el ataúd que encerraba sus restos iban muchas coronas, pero por deficiencias del telégrafo no iba la que le dedicaba otro marino cartagenero, insigne entre los más insignes, grande amigo de Oliver: Isaac Peral.

¡Vaya otra historia triste y desventurada!

¡Soñar la gloria, alcanzarla, entregar á España el dominio del fondo de los mares, y verse después despeñado al abismo del desengaño, por quienes obrando sin presión y con justicia más debieran haberle enaltecido!

Ya no hay invento ni inventor siquiera: los enemigos de Peral lo han dicho en *El Resumen*, en *El Globo*, en toda la prensa adversa al descubridor de la navegación submarina. No hay nada nuevo en esta cuestión, ni en ese problema.

Y tienen razón, pero en cierto modo.

Nada más antiguo que la envidia: brotó en el pecho de Cain, el segundo hombre en el linaje humano.

Y lo que es más triste; apesar de ser tan vieja, el infortunio de Peral lo prueba evidentemente; vive todavía.

X.

PREVISIÓN DEL TIEMPO.

Segunda quincena de Noviembre

Noherlesoom h ce en el *Boletín Meteorológico* las siguientes predicciones:

La posición geográfica de nuestra Península es causa de que participe de las invasiones oceánicas que siguen la ruta del Gulf-Stream y la de las corrientes Ecuatorial y del golfo de Guinea. Aquellas son más frecuentes que éstas; por eso son más favorecidas por la lluvia nuestras provincias septentrionales, que son las más próximas á la influencia de aquellas invasiones. La

dificultad está en saber cuándo participamos de una de estas influencias, ó de ambas á la vez. Las invasiones oceánicas que siguen la ruta de la Gulf-Stream, además de ser más frecuentes, son más conocidas; porque los buques trasatlánticos prestan un buen servicio á la ciencia con las observaciones que recogen y transmiten á los centros meteorológicos internacionales.

Las que siguen el camino de las corrientes ecuatorial y del golfo de Guinea son más anormales y menos conocidas, porque las regiones que atraviesan son menos frecuentadas por los navegantes. Eminente es el servicio que prestan á este fin las estaciones meteorológicas portuguesas establecidas en San Tomé, en la Isla de S. Vicente (Cabo Verde) y en Funchal (Madera) que se completarían muy bien con las de nuestras Canarias si se dieran á conocer al público las observaciones meteorológicas de estos puntos, como era debido y ya tarde y mal en síntesis decenales de escasa aplicación.

Pero dejando á un lado estas consideraciones, muy pertinentes para el mejor conocimiento de los cambios atmosféricos de esta quincena y su significación, vestimos cuáles sean y en qué condiciones se han de efectuar.

El hecho culminante y fundamental de todos, es que los cinco primeros días, desde el 16 al 20, habrá de estar nuestra Península á la influencia de una invasión oceánica, procedente de la corriente Ecuatorial, hecho que consideramos de importancia por las razones que dejamos apuntadas. Si los resultados corresponden á la teoría, tendremos un principio de conocimiento que servirá de base á las prolongadas sequías de nuestro país.

Tendremos dos manifestaciones de la borrasca surecuatorial: una del 15 al 19 que siguiendo la costa occidental de África pasará por el Sur de nuestra Península al Mediterráneo, y otra que se dirigirá el 19 por las Azores al Archipiélago inglés, para perderse en el Norte de Europa.

Los efectos de esta borrasca, que tan directamente deberá influir en nuestra Península, serán aumento de temperatura, vientos de entre S. y O. y lluvias que se extenderán desde el Mediodía al Centro. Y creemos por todo cuanto llevamos dicho, que han de ser generales y abundantes, especialmente en el Mediodía y Centro de nuestra Península.

Pasado este temporal, que es sensible que dure tan poco, las invasiones del Atlántico que han de ocurrir en el resto de la quincena, seguirán el camino de las anteriores ó el de la corriente del golfo.

El miércoles 26 se producirá en el NO. de Europa un importantísimo cambio atmosférico, que será el más notable de la quincena, aunque no para nosotros, que ocasionará una baja considerable en la temperatura, vientos de entre NO. y N. y nieves y lluvias.

Nuestra Península será el centro de altas impresiones, por cuyo motivo, aun cuando se sentirá, también la baja importante de la temperatura, con vientos de entre NO. y N. las nieves y las lluvias se extenderán principalmente por las regiones septentrional y del Nordeste.